

BIBLIOTECA DE LA REFORMA ESPAÑOLA

VOL. 1

SIETE HISTORIAS DE CONVERSIÓN AL PROTESTANTISMO

Relatos de fe y exilio en el siglo XVII

Editado por

Andrés Messmer

MONTE
 **ALTO**
EDITORIAL



Siete Historias de Conversión al Protestantismo
Relatos de fe y exilio en el siglo XVII

Editado por Andrés Messmer

Copyright © Monte Alto Editorial, 2026

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en forma alguna por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otro tipo, sin el permiso previo del editor.

A menos que se indique lo contrario, las citas de las Escrituras son de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA) © 2005 por The Lockman Foundation.

Monte Alto Editorial
www.montealtoeditorial.com
ISBN: 978-628-02-7325-9

Primera impresión: noviembre de 2026

Dedicatoria

Me gustaría dedicar este libro a mis alumnos de máster de la Reforma protestante española del Seminario Teológico de Sevilla. Por fin, podéis leer las historias de conversión de nuestros antepasados espirituales.

Contenido

Introducción	7
Melchior Román y Ferrer, <i>Autobiografía de su conversión</i> (1600)	13
Juan de Nicolás y Sacharles, <i>El español reformado</i> (1621)	41
Tomás Carrascón, <i>Texeda Retextus: o el monje español</i> (1623)	69
Juan de Luna, <i>Petición</i> (c. 1626)	83
James Wadsworth, <i>El peregrino inglés-español, o un nuevo descubrimiento del papado español y las estratagemas jesuíticas</i> (1630)	87
José Gabriel de Montalegre, <i>Lutherus vindicatus</i> (c. 1660)	151
Jaime Salgado, <i>El sacerdote romano que se hizo protestante</i> (1679), el “apéndice” de su <i>Confesión de fe</i> (1681) y <i>El matadero</i> (1683)	173
Conclusión	191

Introducción

El propósito de esta obra es doble. En primer lugar, hasta ahora, solo la historia de Juan de Nicolás y Sacharles ha estado disponible en español, y, aun así, se trata de una edición del siglo XIX difícil de encontrar. Las otras seis obras solo están disponibles en inglés, francés o latín, y eso sin mencionar lo difícil que es leer las publicaciones originales, o incluso encontrarlas. Por lo tanto, es con gran alegría que podemos presentar al mundo hispanohablante, por primera vez, las historias de estos siete hombres que se convirtieron del catolicismo romano al catolicismo reformado (es decir, al protestantismo) en el siglo XVII.

En segundo lugar, la mayoría de la gente piensa que los españoles convertidos al protestantismo fueron un fenómeno aislado y limitado a mediados del siglo XVI, y que, fuera de estas pocas anomalías, todos los españoles siempre han sido católicos romanos, con los pocos “herejes” siendo despachados en los famosos *autos de fe*. Aunque va más allá del alcance de este libro corregir el grave error del cálculo de los protestantes españoles del siglo XVI —que fueron muchos y se extendieron por toda España—, este libro sí puede demostrar que las conversiones españolas al protestantismo continuaban durante todo el siglo XVII.

Es imposible saber cuántos conversos hubo en total y cuántos vivieron como nicodemitas —manteniendo la apariencia de ser católicos romanos mientras profesaban secretamente el protestantismo—, pero estos siete hombres demuestran que los españoles continuaron encontrando descanso para sus almas en la fe católica reformada. Es más, sus conversiones no se limitaron a una década, región u orden

monástica en particular, sino que se extendieron a lo largo del siglo, las regiones y las órdenes monásticas: Melchior Román y Ferrer era jacobita (dominico), probablemente en Aragón, a finales del siglo XVI y probablemente inicios del siglo XVII; Juan de Nicolás y Sacharles era jerónimo, probablemente en Aragón o Cataluña, a inicios del siglo XVII; Tomás Carrascón era agustino en Burgos a inicios del siglo XVII; James Wadsworth se crió con los jesuitas en Saint-Omer (Francia) a inicios del siglo XVII; José Gabriel de Montalegre era cartujo en Madrid a mediados del siglo XVII y Jaime Salgado era dominico, posiblemente en Murcia, a finales del siglo XVII.

Si ni la cronología, ni la región, ni la orden monástica pueden unir sus historias, ¿qué puede hacerlo? Me gustaría sugerir que lo que conecta sus conversiones es su rechazo de la doctrina y la práctica católicas romanas, basándose en evidencias contradictorias que estaban considerando de las Escrituras, la filosofía u otras fuentes. En otras palabras, fue la incapacidad del catolicismo romano para ofrecer respuestas satisfactorias a sus dudas lo que llevó a estos hombres a buscar respuestas en otra parte, específicamente en el protestantismo. Esto es, en mi estimación, el factor común que explica sus conversiones.

Al leer sus obras, ciertas doctrinas aparecen repetidamente: la transubstanciación, el Papa (su infalibilidad, supremacía y poder civil), el Purgatorio, las indulgencias y el culto a María y a los santos.¹ Dos observaciones son importantes. Primero, estas doctrinas se superponen sustancialmente con las críticas de los reformadores protestantes del siglo XVI y, más específicamente, con las críticas de los reformadores españoles como Casiodoro de Reina, Cipriano de Valera, Juan Pérez de Pineda y Antonio del Corro. Esto implica que los abusos denunciados en el siglo XVI no habían cambiado sustancialmente en la España del siglo XVII, y que los dogmas

¹ También aparecen, aunque no con tanta frecuencia, otros temas como la misa en latín, la justificación por las obras y las imágenes.

del Concilio de Trento, o al menos la aplicación de sus dogmas en la España del siglo XVII, no eran satisfactorios para los monjes inquisitivos y bien formados en España. En segundo lugar, lo que une todas estas cuestiones es su conexión con la doctrina de la Iglesia (eclesiología), específicamente la autoridad de la Iglesia, el sacramentalismo, el perdón de los pecados y el culto. Es importante señalar que estos hombres nunca cuestionaron los principios cristianos básicos de la Trinidad, la Encarnación, la muerte expiatoria de Cristo y toda una serie de otras doctrinas. Más bien, sus dudas surgieron en torno a doctrinas que se relacionaban con su experiencia práctica en la iglesia y su vida diaria como católicos romanos españoles. Así, estos hombres nunca buscaron abandonar el cristianismo, sino más bien reformar sus prácticas eclesiásticas a la luz de la Palabra de Dios y la práctica cristiana primitiva.

Es interesante destacar otra cuestión que muchos de estos hombres tenían en común: sus propias historias de conversión. Incluso podríamos hablar de un patrón predecible de conversión, que es lo que me gustaría perfilar ahora. Muchos de estos hombres habían recibido formación universitaria o habían tenido una buena educación monástica, por lo que eran curiosos y tenían los recursos mentales para explorar su fe. Después de su formación, por lo general ingresaban en el monasterio. Sin embargo, al entrar en el monasterio, comenzaron a tener dudas, a veces intelectuales, a veces experienciales y a veces ambas. En sus escritos, relatan que, en esta fase de su vida, querían buscar respuestas, pero era imposible o muy peligroso hacerlo dentro de España, por lo que se sintieron obligados a abandonar su país para encontrarlas. Viajaron a países con comunidades protestantes, como Francia, Holanda y Alemania, y muchos finalmente llegaron a Inglaterra, ya sea como su primero o último destino. Una vez en el extranjero, abandonaron el catolicismo romano y la vida monástica y se convirtieron oficialmente al protestantismo (ya fuera reformado, luterano o anglicano), generalmente haciendo

una declaración pública de su fe en una iglesia protestante. La mayoría consolidaría su conversión escribiendo una o más obras sobre la historia de su conversión, una confesión de fe en la que articulan su ortodoxia protestante y denuncian el error católico romano y/u obras antiespañolas y anticatólicas romanas sobre temas como los horrores de la Inquisición española. Como exmonjes españoles que vivían en el extranjero, se encontraron con pocas habilidades comercializables, y muchos se dedicaron a enseñar español, pero con poco éxito. Algunos finalmente se convirtieron en clérigos protestantes, pero independientemente de su ocupación, muchos permanecieron pobres por el resto de sus vidas, dependiendo de la buena voluntad de otros para ayudar a llegar a fin de mes. Curiosamente, los protestantes españoles encontraron consuelo en los mismos versículos de la Biblia: Hechos 14:22, “para entrar en el reino de Dios nos es necesario pasar por muchas tribulaciones” y 2 Timoteo 3:12, “todos los que quieren llevar una vida piadosa en Cristo padecerán persecución” (RV20).

En cuanto a las traducciones que se encuentran a continuación, hay que mencionar dos cosas. Primero, los numeritos volantes que están entre paréntesis corresponden a los números de página de las ediciones originales. Se han incluido en caso de que los lectores quieran hacer referencia a la edición original. Segundo, algunos autores no dividieron sus obras en capítulos o secciones, lo que dificulta seguir el argumento de la obra. En estos casos, he incluido títulos en negrita y entre corchetes. Por lo tanto, estos títulos no son originales, sino que fueron agregados por mí. Trini Bernal tradujo los escritos de Melchior Román y Ferrer y Josué Cárdenas el escrito de José Gabriel de Montalegre. Yo me hice responsable de las traducciones de los demás escritos, en muchos casos dependiendo de la inteligencia artificial para rendirme una traducción rápida, pero con fallos, y luego corrigiendo y puliendo dicha traducción palabra por palabra. Dicho esto, los lectores deberían saber que esta edición de

traducciones es suficiente para el propósito divulgativo para el cual fue pensada, pero que no sirve como una edición crítica que se puede usar para fines académicos.

En algunos casos, las siguientes historias de conversión son todo lo que queda de hombres valientes cuyas dudas y desencanto los llevaron a buscar respuestas en otros lugares. Para el mundo hispanohablante, sus historias nunca han sido contadas. Ya es hora de que honremos su sacrificio con nuestra lectura atenta.

Capítulo 1

Melchior Román y Ferrer, *Autobiografía de su conversión* (1600)

Introducción

De Melchior Román y Ferrer no se sabe casi nada más que lo que tenemos en las dos obras incluidas aquí. De las pocas referencias autobiográficas que nos ha proporcionado Melchior solo podemos reconstruir el perfil más mínimo de su vida. Nació a mediados del siglo XVI en una familia noble con fuertes lazos con Aragón, que es posiblemente, tal vez probablemente, donde nació y creció. En algún momento, probablemente en los años 80 o 90 del siglo XVI, se unió a la orden jacobita (dominica), probablemente también en Aragón. Después de presenciar un martirio (¿protestante?), decidió abandonar España y el catolicismo romano. En agosto de 1600, registró la historia de su conversión, que, según el tono de la obra, parece haber ocurrido recientemente. En el momento en que escribió la carta a su esposa Catalina (publicada en inglés en 1603), llevaban siete años casados, así que tiene que ser que abandonó la vida monástica a inicios de los años 90, como tarde. Probablemente aproximadamente coincidiendo con su matrimonio, se convirtió en ministro protestante, probablemente de la tradición reformada (“calvinista”). El hecho de que su mujer se encontraba en Londres y sus escritos estaban traducidos al inglés sugiere que él también ministraba en Londres. En algún momento, fue capturado y devuelto a España, específicamente a Valencia, donde estaba esperando su *auto de fe*.

En la obra autobiográfica, Melchior ofrece un relato muy sobrio de su conversión al protestantismo y de su vida posterior. Comienza subrayando la autoridad suprema que tienen las Escrituras para la doctrina y la práctica cristianas y continúa mostrando que las doctrinas de la transubstanciación y el Purgatorio son dos ejemplos de la Iglesia católica romana valorando las tradiciones humanas por encima de las Escrituras. A partir de ahí, dedica mucho espacio al tema de cómo Dios usa las pruebas en nuestras vidas para mostrarnos su misericordia y darnos dirección en la vida, lo cual interrumpe momentáneamente con una crítica de las bulas papales, las indulgencias y el culto a los santos. Concluye con algunos detalles autobiográficos sobre su vida, especialmente en lo que se refiere a su conversión.

Aunque la carta que escribió a su esposa no se relaciona directamente con el tema del libro, se ha incluido por tres razones. En primer lugar, nos muestra más sobre el carácter de Melchior, que era un hombre piadoso y justo. En segundo lugar, nos proporciona detalles sobre las pruebas que Melchior enfrentó en la vida, así como la gran prueba que enfrentó al final: la captura, condena y espera de ejecución por su fe protestante. En tercer lugar, si su carta no se publica aquí, no se sabe cuándo podría publicarse, y su valor es tal que merece una mayor difusión de la que ha recibido (que es casi ninguna).

Texto 1: Conversión del Señor Melchior Román¹

[¹] Conversión del Señor Melchior Román, español, en ocasiones procurador de la orden de los jacobinos en Roma, para la provincia de Toulouse, que ha afirmado públicamente en la iglesia reformada de Bergerac, el 27 de agosto de 1600, siendo domingo.

La Sagrada Escritura nos dice que el buen Jacob, viéndose engañado por Labán (que, cuanto más le servía, menos le recompensaba, no recibiendo más que ingratitud y agravios), se fue a la tierra prometida, llevándose consigo todas sus riquezas. San Jerónimo dice, y también Pagnino,² que Labán significa “blancura”, y Filón el hebreo, que esta palabra Labán significa “color”, de modo que sea en uno o en el otro significado, representa una cosa accidental e inconstante. ¿Quién es este Labán? ¿Un mentiroso, traidor y desagradecido, que tantas veces ha engañado a Jacob? ¿Qué es este maldito infeliz, que solo tiene apariencia de bueno, pero ningún bien sólido ni constante de verdad? Es incluso este papismo y sofistería, que vemos en el relumbrón y el engaño de las riquezas, y bajo el título de santidad, de obediencia, de pobreza, de ayunos y disciplinas fingidas, que lleva [²] a muchos a la desesperación.

Ciertamente es obra de gran piedad huir y apartarse de ella. Puesto que, si creemos que las obras son suficientes, tenemos que negar por completo a Jesucristo, y decir que su pasión fue infructuosa, lo cual fue pecado contra el Espíritu Santo. Y, por lo tanto, me propongo ahora con todo mi afecto apartarme de este Labán o idolatría (como hizo el buen Jacob) con la creencia infalible de que sus promesas son vanas y engañosas, y sé que mi naturaleza es tan depravada y corrupta que me sería imposible alcanzar la salvación por mis obras, según su maldito consejo. Y lo que me parece más detestable es que, a

¹ Fuente: *Eight learned personages lately converted (in the Realme of France) from papistrie...*, trad. W. B. (London: I. B., 1601), 1–24; trad. Trini Bernal.

² Es decir, Sanctes Pagnino (m. 1563), traductor de la Biblia al latín.

pesar de la perfecta sabiduría de la Sagrada Escritura, de la que dan testimonio los profetas, evangelistas, apóstoles y la santa palabra de nuestro Salvador Jesucristo, que creyendo en ellos tendremos vida eterna (el alcance de nuestros deseos y la verdadera felicidad) y, por el contrario, una maldición y un anatema pronunciado contra aquellos que añadan o quiten a ello (Ap 22).

[La suprema autoridad de las Escrituras sobre las tradiciones humanas]

Sin embargo, nuestros adversarios contra esta verdad celestial (el único fundamento de la fe) aprueban mil tradiciones y doctrinas no escritas, forjadas sobre un yunque mortal de ingenio humano. Pero, ¡oh cosa prodigiosa, oh, monstruo de nuestra época, desconocido para los más perversos herejes y llenos de impiedad! Un *archicorifeo*³ y, por así decirlo, un patriarca de otros, no se ha ruborizado en escribir, en más, en imprimir y publicar (no sin horrible blasfemia) un pequeño tratado sobre la insuficiencia de las Escrituras. ¿Dónde está, pues, la perfección de aquellos que tanto ^[3] alaba el apóstol, quien dice: “No está permitido saber sobre aquellos que está escrito” (1 Cor 4), no, ni aunque un ángel hablara de otra manera (Gal 1)? ¿No podían, o no debían, o no tenían el conocimiento, o no nos revelan plenamente los misterios de la verdad de la salvación? Seguramente sería sacrilegio pensarlo, y ateísmo creerlo. Ay, ¿qué sería de tantas almas religiosas, desde la infancia del mundo, desconocedoras por completo de las invenciones de los obispos romanos, engendradas solo desde algún tiempo pasado?

³ Texto: “Archicoriphee”, que hemos traducido como “archicorifeo”. No era una palabra común, pero parece referirse a un “líder principal”. La identidad del dicho “archicorifeo” sigue siendo desconocida.

[Errores de la Iglesia de Roma: la transubstanciación y el Purgatorio]

Asegurémonos de que lo primero, ya sea la profecía o el evangelio escrito, es lo más verdadero y suficiente para la salvación. De otra manera, ¿qué creeríamos, en qué nos basaríamos, en qué se apoyaría nuestra fe, si siguiéramos las invenciones del hombre? Todo hombre es mentiroso y maldito el que confía en el brazo de la carne. Los hombres enseñarían contra la Palabra de Dios que el Hijo del Hombre, Dios y hombre, está bajo la forma del pan en el pretendido sacrificio de la misa, que su cuerpo está hecho de pan, o que, al menos, la sustancia del pan se transforma en él, que hay que buscarlo entre las manos del sacrificador. Buen Dios, qué absurdo es buscar al Padre de la eternidad, al Creador del mundo, que tiene los cielos por trono (respecto a su divinidad) y que, según la naturaleza humana, se sienta a la derecha del Padre, desde donde vendrá de manera visible para juzgar a vivos y a muertos, buscarlo, digo, tan grande como fue sobre la cruz, encerrado en un pequeño trozo de masa más pequeño que medio pie. ¿Se le debería encontrar ^[4] donde no está? ¿Qué ceguera os ha conducido a esto?

Busquémosle, más bien, allí donde nos anunció que se retiraría y prepararía una morada permanente para aquellos que son suyos: solo él es testigo fiel, solo él es nuestro doctor que revela sus secretos. Vayamos a la ley de la gracia, al evangelio que habla clara y ciertamente de esto. ¿Qué? ¿Es tan ignorante o necio para sujetar a esta corrupción al príncipe de la inmortalidad?, entendiendo que el sacramento consagrado es a menudo comida de ratones o ratas y propenso a corromperse pronto. Puedo alegar en honor a la verdad, que lo que vi en Limoges⁴ en el convento de los jacobinos: habiendo llegado allí el provincial, encontró una infinidad de formas o sacrificios consagrados, muy comidos por ratas y gusanos, envueltos

⁴ Una ciudad en la región central de Francia.

también en telarañas, y de nuevo en dicho lugar, el primer domingo después de la octava (bajo pretexto de religión), el superior arrojó la caja, acusando falsa y maliciosamente a estos de la verdadera religión reformada; pensando así haberlos masacrado, como confesó públicamente una criada del dicho convento, por lo que fue azotada en dicha ciudad y desterrada de la misma.

En Lérida, buena ciudad de España, dentro de la iglesia del convento de Santo Domingo, habiendo llegado a la ciudad el proctor del convento, dijo misa y consagró muchas obleas de hostias para darlas a los comulgantes, de las cuales quedaron algunas. Pero una de ellas, al ser devuelta a la sacristía, se cayó, y él, pisándola, la hizo pedazos y la echó a perder con la suciedad de sus zapatos. Cuatro monjes agustinos fueron ahorcados en Sevilla porque dijeron misa ^[5] y no se propusieron consagrar; tal es su extraordinario proceder para hacer que el pueblo se convierta en idólatra del pan y del cáliz. Molón, un inquisidor de Barcelona, después de la consagración, cortó el pan consagrado con tijeras. También, el Papa Sixto IV en la ciudad de Florencia mandó que cuando el sacerdote hubiera retirado el sacramento, las personas que estuvieran adorando debían ser muertas, y esa sangrienta cólera se puso en ejecución. El Papa Gregorio VII, habiendo pedido al sacramento acerca de la revelación de ciertas cosas contra el emperador, y no recibiendo respuesta, lo arrojó al fuego. Para abreviar, el Papa Víctor III, un obispo de Évora, y también el emperador Enrique VII fueron envenenados al tomar el sacramento. He aquí los absurdos y prodigiosos actos a los que la transubstanciación sometería el glorioso cuerpo de nuestro bendito Salvador, si pudiera prevalecer.

Además, la concomitancia, que falsamente se pretende en ella, de que se prive al pueblo de la copa en contra de la ordenanza de Cristo, que ha ordenado diciendo: “Bebed todos” (Mt 26), y de la práctica de la iglesia (1 Cor 11), por lo que se ven privados del consuelo de la participación, mediante una fe viva, realmente de los beneficios de la sangre de nuestro

Salvador para la remisión de pecados y la confirmación del pacto de Dios.

Ahora bien, el sabor de la sustancia del pan y el gusto y el olor del vino, accidentes inseparables de la esencia, su verdadero fundamento y donde subsisten, nos enseñan que los símbolos permanecen en su propiedad natural y esencial, no en su uso, que representa para nosotros (como imagen viva, y realmente presente, y como instrumento de la gracia de Dios) ^[6] el alimento espiritual, la reflexión vivificante, la garantía de la inmortalidad, para el alma penitente y fiel, siendo el pan la comunión del cuerpo y santificando el cáliz la comunión de la sangre de vida, conocida, recibida, aprehendida y aplicada, tanto por la secreta operación de la mente en los elegidos como a través de la eficacia de la fe, que es la presencia de las cosas ausentes, la visión de las cosas invisibles, una hipóstasis de los misterios de la salvación eterna. He aquí la verdad de estos sacramentos, contraria a la tradición de los hombres. Pero, el tiempo ya no me permitirá los absurdos errores de esta tradición.

Ahora bien, el Purgatorio, del que tanto alardean, es contrario al lavado y purificación de la preciosa sangre de Cristo derramada en la cruz, aplicada mediante la virtud y operación secreta del Espíritu, y recibida a través de una fe viva. Pero no es más que un absurdo frailuno imaginar que la inefable dignidad del sacrificio de Cristo no es perfectamente capaz de borrar nuestras ofensas, reconciliar nuestras almas con Dios y justificar ante el trono de justicia. Es sin duda un gran menoscabo de su misericordia, gracia e inefable favor, un eclipse demasiado grande de la incomparable gloria de los océanos de sus compasiones. En aras de brevedad, dejo atrás un caos de errores similares, suplicando humildemente al Señor que tenga piedad de los ignorantes, que ilumine su conocimiento y confunda a los que maliciosamente combaten contra la verdad.

[Dios usa las tribulaciones para enseñarnos su misericordia]

No seré más cautivo de Babilonia, para no tener memoria de Sion, ni acordarme de mí mismo. Y porque no puedo cantar la canción del Señor en una tierra extraña, en esta perniciosa Babilonia, ni en sus riberas que se desbordan de abominaciones, ^[7] haré correr ríos de mis ojos con un dulce recuerdo y contemplación de la Jerusalén espiritual, a pesar de todas las adversidades, que nos limpian de imaginaciones viciadas, de supersticiones e idolatrías, para que adore a un solo Dios y crea en su evangelio, renunciando a todas las invenciones humanas, fe que nos es dada por el Espíritu Santo, mediante la predicación del santo evangelio, como está escrito en San Mateo capítulo 16, a los Romanos capítulo 10 y en Hechos capítulo 16 y en muchos otros lugares, que no nombraremos ahora para evitar la prolijidad.

Por lo tanto, este beneficio viene de las tribulaciones. Y bien puedo decir lo que yo mismo he experimentado hace pocos días: en que fui atormentado con infinitas imaginaciones, causadas por la ausencia de mis padres, por verme en un país extraño, por oír a los papistas murmurar y hablar ordinariamente contra mí, con amenazas y lenguaradas. Pero, no obstante, oré al Señor por los que me perseguían y por mi propio alivio y consolación, porque era el verdadero medio para fortalecerme más en la verdad del evangelio, ya que en este momento contemplo con mis ojos nuevos consuelos y nuevos efectos del Espíritu Santo en mi alma, ordenándome perseverar en la obediencia de la palabra de vida.

Este era el propósito de Isaías, que dijo: “Oh, Señor, en las tribulaciones te buscaremos”, y del profeta David: “Llena sus rostros de vergüenza y oprobio, entonces buscarán tu misericordioso ^[8] nombre”. Por boca del profeta Oseas, Dios mismo dice: “En sus tribulaciones y angustias se levantarán y me reconocerán”. Y a través de Ezequiel: “Mi celo será quitado de vosotros, y cesaré y no me enojaré más con vosotros”.

Dios nos da a entender manifiestamente en este lugar que se enoja más con nosotros cuando no nos disciplina y castiga con tribulaciones, porque entonces no muestra el amor que nos tiene. San Juan dice en Apocalipsis 3 que “a aquellos que ama castiga”, un gran consuelo, sin duda. Isaías capítulo 43: “Cuando pases por las aguas, no te cubrirán los ríos, y cuando pases por el fuego, no te quemarás”. Esto se ve representado en Éxodo capítulo 14, cuando los hebreos pasaron por el Mar Rojo, en Daniel capítulo 3 cuando los jóvenes de Babilonia fueron arrojados a las llamas ardientes. Dios bien podría haberles impedido arrojar a tres jóvenes inocentes al fuego, pero él, tanto más para mostrar su gloria y para la salvación de su propio pueblo, permitió que fueran arrojados al fuego sin recibir ningún daño o herida.

De la misma manera, Dios muestra mayor misericordia hacia mí, al castigarme con tribulaciones, dándome paciencia y fortaleza espiritual, que si me hubiera librado de las ignominias y adversidades ultrajantes antes dichas. Porque sabía bien yo que cuando estaba en tranquilidad y reposo, él, por decirlo así, se había olvidado de mí, pero tan pronto como puso su cruz sobre mí, supe que yo era su criatura, comprado con el precio inestimable de su propia sangre, que ^[9] me ha justificado a través de su inconmensurable misericordia y su gracia celestial. Así nos enseña la Escritura cuando dice que el rey de Babilonia vio a tres jóvenes que caminaban en medio de las llamas ardientes cantando alabanzas a Dios, y que iban acompañados de otro, semejante al Hijo de Dios. Porque la tribulación, llevada con paciencia, procura que Dios venga a nosotros y sea nuestro defensor, estando libres y sueltos de las dignidades y ambiciones papistas, que, con invenciones de ricos altares embellecidos con ídolos de oro y plata, con muchos miles de otras supersticiones, impiden que los hombres lleguen al verdadero conocimiento del evangelio de gracia. Imitar a los apóstoles (Hch 5) hace que los hombres sabios se regocijen en sus aflicciones, teniendo gran temor de la prosperidad.

San Jerónimo compara las tribulaciones con la ballena de Jonás: cuando otros pensaban que se lo había tragado para matarlo, se lo tragó para salvarlo. San Gregorio dice que como los perfumes sobre las brasas manifiestan su fuerza y su buen olor, así los hombres muestran la fortaleza de sus virtudes, atravesando las nubes de la adversidad. San Bernardo dice que como la lana ha de ser cardada, con la que se ha de hacer un paño fino y puro, así la vida de los justos ha de ser atormentada, para que su conocimiento resulte ser más excelente. San Crisóstomo dice que la virtud vence permaneciendo pacientemente; que la aflicción es el verdadero refugio del Cielo. San Gregorio lo prueba. Dios mismo en San Mateo dice que el camino que lleva a la vida es recto y angosto, pero el que lleva ^[10] a la muerte es muy ancho, con lo que quiere inferir que aquellos que obtendrán la gloria deben pasar antes por muchas tempestades y dificultades.

Y, ciertamente, será un indecible contentamiento para nosotros considerar que estos pasajes son establecidos y declarados por Jesucristo mismo. Él, digo, que es el camino de la gloria. Y no nos asombremos si están llenos de espinas, sino más bien pensemos y consideremos a aquel que los atravesó primero, y adónde recurrió al final. En el libro de Sabiduría, está escrito que el Señor había dado a conocer el camino recto, junto con su reino, a los justos. Oh, Señor, te suplico en este momento que me muestres el camino recto para que yo no yerre. Porque creo firmemente que Jesucristo, viviendo en mí, elimina la maldición de la ley, condena el pecado, mortifica la muerte; solo él es paz, consuelo, justicia y vida eterna en mi alma. Ahora el temor y el asombro deben dar lugar a todos estos, ahora la abstracción y el mismo infierno deben apartarse de mí. Jesucristo, permaneciendo y viviendo en mí, consume y deshace todos los males que me afligían. De ahí resulta que esta unión y combinación es la causa de que yo sea librado de los terrores, separado de la carne, transformado en Jesucristo y en su reino, que es el reino de la gracia, de la justicia, de la paz,

del gozo, de la vida, de la salud y de la gloria eterna, de modo que, viviendo en él, no hay daño [que] me pueda acaecer.

Dios prometió que nunca más habría un diluvio universal, y como señal de un amor pacífico, nos dio el arcoíris (una promesa de su misericordia) que los gentiles llaman ^[11] Janus, como dice Beroso el caldeo. Este es el arco del que habla San Juan en el Apocalipsis, que está sobre la cabeza de Jesucristo, significando a Cristo crucificado con los brazos abiertos. El color rojo del arco celestial representa la sangre de Jesucristo, y el color verde anuncia la esperanza, porque en sus heridas y en su sangre yace toda la esperanza de nuestro bienestar, y los variados colores nos declaran la multitud de sus misericordias. Esta es la señal que Dios el Padre prometió en la redención del mundo, de la cual dice San Pablo a Tito capítulo 3: “que la abundancia y el amor de Dios se manifestaron, no en consideración a ninguna obra de justicia realizada por nosotros, sino que nos salvó según su gran misericordia”. Cuando se presenten ante mis ojos oscuras nubes de pecado, cuando dolores y miedo me amenacen con gran violencia, cuando me sobrevengan peligros, persecuciones, injurias y otras tormentas, entonces contemplaré el pacto celestial, pondré mis ojos en Jesucristo crucificado, en quien encontraré plena esperanza. Porque él es nuestro único refugio y, tal como San Pablo, en 2 Corintios llama, “Padre de misericordia, y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras calamidades”. Por eso correré siempre a él, armándome de una paciencia invencible.

Porque el buen cirujano muestra su experiencia en las heridas peligrosas; el médico su habilidad en las grandes enfermedades; en las peligrosas batallas, el capitán prudente, osado y valiente muestra su fuerza y su estrategia; y en grandes tempestades y tormentas, el piloto experimentado su diligencia. ^[12] La aflicción no es cosa nueva, ni soy el único que la soporta. San Gregorio dice que, si consideráramos lo que los santos han soportado, veríamos todas nuestras tribulaciones de muy

poca importancia; especialmente, si alzamos nuestra mirada y contemplamos a Jesucristo, el verdadero Dios, atormentado en la cruz, percibiríamos nuestras miserias como una gota de agua en todo el mar, en comparación con las suyas. Y San Bernardo dice que Cristo Jesús no es solo el espejo de la paciencia, sino la recompensa y el galardón de la misma.

[Las bulas papales, las indulgencias y los santos no nos pueden salvar, sino solo la fe en Cristo]

Con este fin, pues, contemplaré su cruz, donde alcanzaré gran consuelo y recompensa. Pero ¿qué recompensa (dicen los mundanos) tendrás tú, que has abandonado tu país, tus padres, los medios que te habrían permitido vivir placenteramente? Has abandonado tu vocación, y todo lo has abandonado en el orgullo de tus días. Entonces, les responderé, según el dicho de San Bernardo en sus meditaciones, que si es cosa difícil para uno de los más justos bajo la ley ser salvo a punto de morir, será más difícil y, por decirlo así, imposible que sea salvo aquel que a su muerte no presenta a Dios más que sus huesos (que los perros rechazan) habiendo entregado su carne a Satanás, como hacen diariamente, empleando el tiempo en vanagloria, en orgullosa ambición, deleitándose solo en la carne, según son guiados por el Diablo.

Pero, entonces ellos medirán que, a la hora de la muerte, por virtud de la bula papal (diciendo que San Pedro, San Juan, San Pablo, San Crespas y San Macario me ayuden) serán salvos. ^[13] Sin embargo, si esperan hasta entonces con esa creencia, verán de manera manifiesta cómo Dios les oirá, ya que atribuyen a una criatura mortal la gloria eterna de Dios, y ponen su esperanza en la bula de una cruzada, de muy alta estima en España, donde cada año se compra a diez chelines de precio, en virtud de la cual se les tolera en tiempo de Cuaresma comer huevos, leche, mantequilla, queso y, además, ser absueltos (como ellos imaginan con agrado) de

sus pecados, y lo mismo a culpa como a pena, que es como decir, lo mismo de su falta como de su castigo, una vez en esta vida y otra (por el Purgatorio) a la hora de la muerte. Además de esto, hay otra bula, llamada de los finados, es decir, de los muertos, a través de la cual (habiendo primero anualmente bien pagado por ella) puede el viviente, por cada bula, sacar del Purgatorio el alma de su amigo o su padre.

En resumen, se obtiene gran cantidad de plata e ingresos por los indultos o las indulgencias del Papa, que se jacta de guardar y custodiar la sangre de Cristo y de los mártires. Un intolerable y avaricioso abuso, sin duda, contrario a la Sagrada Escritura, que garantiza que la misericordia del Padre de las compasiones presenta a los fieles el perdón de sus pecados para salvación por la virtud de su Santo Espíritu, aplicada y recibida por una fe viva y que justifica, de todo aquel que cree en Cristo, que fue dado para nuestra justicia, santificación y redención, murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra santificación. Esta es toda mi esperanza, el fundamento de mi fe, por la que puedo vencer los terrores del pecado y disfrutar ^[14] de la vida eterna.

Y, otra vez, de la misma materia corrompida, como las bulas antes mencionadas, es la canonización y deificación de los santos, con los cuales el pueblo, tonto e ignorante, comete idolatría y fornicación espiritual, muy impía e incrédulamente contra Dios, que es el único capaz de salvar y devolver a la vida a los que están muertos. De aquí proceden tantas peregrinaciones a países extraños bajo pretexto de que se comenten diariamente muchos adulterios, fornicaciones, sodomías, incestos, mucha embriaguez y otros execrables actos perversos, y sus cuerpos son adorados y supersticiosamente venerados en la tierra, cuyas almas a menudo son atormentadas en el infierno.

El modo de proceder de los Papas en la canonización de muchos santos (en su mayor parte fingido) es muy consabido. Porque, muchas veces, desde el reinado del papado, se coloca en este rango a aquellos de quienes no queda memoria ni testimonio de su vida, a fin de que, con el paso del tiempo y

el transcurrir del mundo, se conciba y se produzca un olvido de sus vicios y de los enormes crímenes que pudieron haber perpetrado. Y si alguien osare hablar contra tales personas, procurando ser algún estorbo para que, bajo tan falso título, no se les atribuya santidad e inviolabilidad, la Inquisición sabe muy bien cómo taponarle la boca y remediarlo con crueles tormentos e intolerables castigos. Y, además, no faltan en esta clase de asuntos y negocios, dorados, aromas, ornamentos preciosos, piedras admirables, imposturas, ilusiones de señales ^[15] y maravillas, tanto en las tumbas donde se depositan las reliquias como en las imágenes y estatuas erigidas que, a menudo, mediante movimientos artificiales, producen lágrimas para que, a través de este tipo de espectáculos y visiones, los ojos de los espectadores puedan ser engañados, una cosa tan familiar y común que tales engañadores han sido muchas veces castigados por las leyes.

Para abreviar, sin entrar más en este pozo sin fondo de un asunto tan lamentable, solo diré que el oro, la plata, los favores y las liberalidades con el Papa pueden hacer mucho para elevar a tales personas a la reputación de santificación y deificación, que no proviene del Espíritu de santificación sino de la autoridad de un hombre pecador y mortal. Para testimonio de lo cual, nótese solo la brutalidad y el renombre estruendosos dentro de Roma, en muchos reinos, y dentro de los conventos de monjes, tocante a la intención de los jesuitas, que han ofrecido 50.000 coronas, empleado el crédito de potentados y diversos príncipes, para que Ignacio, su patrono y primer fundador, sea canonizado. Pero su recuerdo maldito estaba tan fresco que ni él ni ninguno de sus discípulos pudo aún alcanzarlo.

Sobre estas artimañas, no olvidaré las estratagemas de la monja portuguesa, tan famosa por los efectos que el Diablo produjo en su persona. Mientras oraba, fue levantada en el aire, donde permaneció sin ningún sostén visible. Llevaba en la cabeza las espinas de Cristo y, también, sus heridas en otras partes de su cuerpo, por lo que muchos príncipes, duques,

señores y ^[16] un sinnúmero⁵ de personas vinieron de lejanos países a verla y adorarla. Pero el Señor de verdad, al final, descubrió este fraudulento y diabólico artificio, y la Inquisición, forzada por la evidente luz de la verdad, lo reprimió. Estos son los santos y damas, en verdad, su concepción y alumbramiento, y sus cualidades en las que los papistas esperan, y en cuyas manos buscan socorro, tanto en la vida como en la muerte. Por tanto, renuncio completamente a ellos, y pongo toda mi confianza y seguridad solo en mi Creador.

[Seguir a Dios implica ir al exilio, pero Dios suele manifestarse a la gente cuando está sola]

En cuanto a la ausencia de mis padres y de mi patria, debo dar y daré gracias de todo corazón a Dios Todopoderoso, porque no me ha colocado en el número universal, sino en el particular, habiéndome sacado de la esclavitud del Diablo, de la adoración a los ídolos, de las invenciones y los errores de los hombres y, en su lugar, me ha comunicado los dones y gracias inestimables de su santo Evangelio.

Y esto se explica muy bien en Génesis 12, cuando Dios ordenó a Abraham que saliera de su país, de la casa de su padre, que abandonara el mundo con sus deseos y afectos, y buscara solo una vida apacible y tranquila de la mente. San Ambrosio, exponiendo ese punto, dice que él debería conversar en el Cielo, para que, dejando la conversación y el manejo de los asuntos mundanos, hablara con Dios y fijara en él todos sus pensamientos. San Pablo dice en Hebreos capítulo 11 que Abraham salió sin saber a dónde iba, ^[17] insinuando así que, tan pronto como Dios le ordenó salir, Abraham le obedeció inmediatamente; sin buscar respuestas o excusas, fue sin saber a dónde, pues no conocía el lugar, sin tener a nadie como guía, sino solo su humilde obediencia a la divina providencia de Dios.

⁵ Texto: “a number numberless” (“un número sinnúmero”).

Tuvo un hijo, a quien Dios le ordenó sacrificar en el monte Moriah, que significa el Monte de División. Allí estaba, con su hijo Isaac, preparado para haberlo matado. Dios podría haberle encargado que matara a su hijo en su propia casa, pero le ordenó salir de la casa e ir al Monte de la División con su hijo, lo cual no deja de ser un misterio. Porque, con ello, Dios quiso hacernos notar que debíamos sacrificar (en el fuego de su divino amor) a nuestros propios hijos, es decir, nuestros apetitos y deseos carnales, para cumplimiento del cual no hay lugar más adecuado y conveniente que un país extraño, habiendo dejado atrás a nuestros padres y riquezas. Este es el alto Monte de la División, donde el alma devota ve muchos más misterios que aquellos que permanecen abajo en el valle, al pie del Monte, en la casa de sus padres, sin subir hacia Dios⁶ con todos sus pensamientos y afectos. Dice San Crisóstomo: “que la ausencia del propio país es más rica que las ciudades y más resplandeciente que el mundo universal”. Y, hablando de Abraham en su homilía 13 sobre Génesis, dice: “Pensad, os ruego, con qué amor influyó el Patriarca a la serenidad, teniendo en cuenta que la conservó tantos años”. Y David dice: ^[18] “Prefiero ser el más miserable de la casa de Dios, que departir en los palacios de los pecadores”, donde San Crisóstomo entiende por la casa de Dios una tierra extraña y una separación del mundo.

Jacob, viéndose abrumado de miserias y perseguido por su hermano Esaú, abandonó su vida original, se fue de la casa de su padre a un país extraño, y, partiendo hacia Harán, vagó tan solitario y meditabundo que, habiendo llegado allí y encontrándose cansado, se sentó y, quedándose dormido, vio en sueños una escalera celestial, uno de cuyos extremos tocaba el Cielo y el otro la tierra, donde estaba el Creador universal, el verdadero Hijo de justicia, el resplandor que ilumina las almas y consume todas las tinieblas. En ausencia del sol visible, apareció ante él un sol invisible; abandonado el rayo de sol

⁶ Texto: “Godward” (“hacia Dios”).

que iluminaba su cuerpo, vinieron a él los rayos del sol que alumbraba su alma, cambiando un brillo exterior por una luz interior. El sol que le había creado brillaba para él (Jn 1), a saber, un sol no creado, de cuya luz proceden todas las demás luces, como de una luz eterna, la fuente de la vida y la salvación que, por dicha visión, dio a entender a Jacob que de él vendría el Mesías, nuestro bendito Redentor, que el primer grado o peldaño de esta escalera era Abraham, el segundo Isaac, el tercero Jacob mismo, y así sucesivamente todos los demás relatados por San Mateo, capítulo 1, hasta Jesucristo el hijo de la Virgen, que estaba al final de la escalera, abriendo ^[19] las puertas del Cielo que antes estaban cerradas. Dios pudo mostrarle este misterio en la casa de su padre, frecuentando a sus amigos y parientes, pero él únicamente se muestra a los que están solos y se han sacudido las vanidades mundanas.

Por estos argumentos, puede verse que la vida de un extranjero tiene una contemplación mucho más excelente (viendo que sus meditaciones son provechosas) que los estudios diarios y entusiastas de los más grandes papistas y sofistas. En el desierto de Madián, Éxodo capítulo 3, Moisés estaba cuidando de las ovejas cuando el Señor se le apareció en una zarza ardiente, haciéndole su embajador y coronel sobre los hijos de Israel. Estaba solo en el Monte Sinaí, lejos de la suntuosidad o de los deseos ambiciosos, cuando habló con el Todopoderoso y recibió de él su ley (Éx 19).

Isaías estaba solo cuando tuvo la visión del Señor de los ejércitos, los serafines cubriéndose con sus alas (Is 6). Elías, Eliseo y los hijos de los profetas caminaban solos por el desierto conversando con Dios, triunfando sobre el mundo, las riquezas, la ambición y las fuerzas carnales. Otros, de los que (dice San Pablo en Hebreos capítulo 11) el mundo no era digno, andaban por montañas y por las cavernas de la tierra. ¿Qué significa que Dios haya llamado a muchos de sus siervos fuera de su patria y de sus padres, pero que aquellos que son del mundo no son dignos de aquellos a los que Dios ama?

Son llevados de ^[20] la casa de sus padres a países extranjeros, para ver y contemplar allí grandes misterios. En el desierto estaba Juan el Bautista, de quien muchos años antes Isaías había profetizado, en el capítulo 40⁷, que sería una voz que predicaría en el desierto. Y San Juan el Evangelista andaba por la isla de Patmos cuando Dios le reveló el Apocalipsis de Juan (capítulo 1). El eunuco de Candace viajaba por el reino de Etiopía, y, viniendo de Jerusalén, se le apareció San Felipe, quien le declaró la Sagrada Escritura, lo bautizó y lo instruyó en materias concernientes a la fe, como dice San Lucas (Hch 8). Aprendió más en una hora, estando lejos de su país, que continuando toda su vida en casa.

[El trasfondo y la conversión de Melchior al protestantismo]

Y, en verdad, yo puedo decir lo mismo. Mientras conversé en casa, en mi país, nunca supe otra cosa que un cúmulo de tradiciones e invenciones humanas, que en el día del juicio me habrían sumido en la desesperación y la perdición, pero, tan pronto como me trasladé al Evangelio, bajo las alas de la gracia, lejos de mis familiares, aprendí más en un día que en toda mi vida anterior. Porque, como dice San Agustín: “El más grande conocimiento es aprender cómo ser salvo”. Estos son los verdaderos medios para conocer la verdad, es decir, apartarse del papismo, de los cardenales, patriarcas, obispos, abades, priores y de todas sus familiaridades, como gente depravada e indigna de la persona de un verdadero cristiano.

Así nos enseña Cristo Jesús mismo, cuando se negó a relacionarse con las riquezas y dignidades temporales y se retiró ^[21] a lugares solitarios, lejos de sus mejores amigos. Y San Mateo en su capítulo 4 dice: “Él fue acompañado por el Espíritu Santo, al ir de la ciudad al desierto”, dándonos así

⁷ Texto: “4”, lo cual es un error.

a entender que es el Espíritu Santo el que nos aparta de las ciudades, de las ambiciones y de otras dignidades, y que, por el contrario, es el Diablo el que nos atrae y nos lleva a las ciudades y a las dignidades papales y a asuntos mundanos semejantes. El mismo Evangelista relata que el Diablo acompañó a Jesús cuando entró en la ciudad, con el fin de intentar, si podía, hacerle caer del pináculo del Templo, porque su oficio es procurar la caída de los hombres, a través de las prosperidades, grandezas y ambiciones, con el fin de enterrarlos en eterna perdición.

Esto nos da a entender la Escritura cuando enseña que los hijos de Israel abandonaron el Monte Sinaí y vinieron a las tumbas y sepulcros del deseo y de la concupiscencia. Entendamos por el Monte Sinaí, la gracia de Dios, por estos judíos, los que abandonan el Monte alto y se dan a la ley, que da comodidades para una vida corta, pero que no puede darnos una gloria que nunca se desvanece. Porque el que no tiene esperanza en la gracia, comúnmente con sus obras, llega a la desesperación, temiendo que sean insuficientes para salvarlo, como en verdad lo son. Por tanto, siendo contemplativos en la tierra, hemos de conversar en los Cielos; estando muertos al mundo, pero viviendo en Jesucristo, hemos de decir con el Apóstol San Pablo: “Vivo y no vivo, sino que Cristo vive en mí”. De ahí que Jeremías, la luz de los israelitas, dijera: “¡Oh, si tuviera en el ^[22] desierto una cabaña de caminantes para abandonar a mi pueblo!” Y esto habló el profeta, declarando su voluntad, y dándonos a entender que nos conviene renunciar a toda gloria ambiciosa y abrazar fervientemente a Jesucristo, que será la verdadera paz en este mundo, un galardón y corona en el otro, con un dichoso contentamiento de felicidad, para todos los creyentes en la verdad de sus promesas, esperando en su munificencia y poder, viviendo según la equidad y justicia de su ley, que es una dulce lluvia procedente de su no menos admirable que eterna santidad y justicia.

Por último, si alguien desea saber qué eran mis padres y los cargos públicos que he ejercido entre los papistas antes de

mi conversión, los satisfaceré brevemente, no para jactarme ni alardear de ello, sino con el fin de derribar toda calumnia que pueda surgir, de la cual los fieles son más objeto. Mi padre se llamaba Melchior Román, un *hidalgo*, es decir, un caballero, y la madre de mi padre, Ferrer, de los pueblos de Frague y Caspe, en el reino de Aragón. Mi madre se llamaba Isabel Román, de los Bailies de Aragón, suficientemente renombrados y conocidos. Porque de ellos salieron San Román, mártir y soldado, un cardenal llamado Román, y San Vicente Ferrer, cuyo cuerpo de nuevo se venera supersticiosamente en Bretaña, San Raimón, obispo de Barbastro, donde se le adora con idolatría. Tales canonizaciones expresan suficientemente mi raza y, por tanto, creo innecesario hablar más en este sentido.

En cuanto a mi cargo, acompañando al inquisidor Xamora, vi ^[23] en Zaragoza a un virtuoso personaje quemado por quejarse de la religión, que así por sus preñados argumentos y doctrina, como por su constancia de martirio, me persuadió a abandonar los errores del papismo. Esta ocasión me trasladó a Francia, y, llegando a la provincia de Toulouse, fui amablemente recibido en el convento de Agen, y después, estando presente un capítulo en L'Isle-en-Dodon, y siendo allí presidente provincial Peter Capdevile, fui elegido por consenso de todos ellos Proctor provincial para ir a Roma, como aparece por una carta que comienza: "*Nos infra signati, &c*". Cuando volví de Roma y habiendo terminado allí mis asuntos, el provincial me hizo su visitador y vicario provincial, como puede verse por una carta cuyo comienzo es: "*Nos qui infra, &c*". Y al fin (viendo y gustando de mi conversación), me hicieron confesor de las señoras de la capillita de Agen.

Pero ahora, el Todopoderoso y Padre de luz sea siempre alabado, porque por la gracia de su Santo Espíritu, ha abierto los ojos de mi mente, ha mostrado las corrupciones del papismo, me ha dado a conocer dónde debo encontrar la paz de mi conciencia y la verdad de la salvación de mi alma. Doy gracias eternas a su divina Majestad, por encima de todos los demás beneficios que su gran liberalidad me ha otorgado, por

esta mi conversión, afirmando usar la gracia y los dones con los que ha complacido a su omnipotencia dotarme, para la gloriosa alabanza de su majestad, la edificación de su Iglesia, allí donde su Palabra es puramente predicada [y] sus santos sacramentos sinceramente administrados, según la institución del Señor.

Y aquí, afirmo absolutamente renunciar al papismo, la misa, los errores y otras ingenuas supersticiones, y estoy dispuesto a gastar mi sangre ^[24] y mi vida para conservar la Palabra de Dios, que enseña un camino perfecto para mi salvación. Y por tanto, según mi ejemplo, exhorto a todo tipo de personas deseosas de su bienestar celestial, a que se entreguen al entendimiento de la verdad, a que condenen al mundo, a que no teman a la adversidad, a que prefieran el excelente gozo de la eternidad y la gloria del reino celestial antes que todas las comodidades y las vanidades mundanas, con un temor reverente, que si desprecian la voz y el consejo de nuestro Salvador, endureciéndose en su maldad, no se les dará más lugar para arrepentirse, sino que, por el contrario, en lugar de sus placeres presentes, vanidades y tiempos pasados que pronto se desvanecerán, sufrirán los tormentos más horribles y terribles en un lugar de tinieblas, donde no hay más que llanto y crujiir de dientes. Ahora Dios, por su gracia, nos dé algunos destellos de su conocimiento celestial, para que, conociendo así la brevedad, incertidumbre y calamidad de la vida presente, procuremos avanzar y anunciar su gloria en el camino de la justicia, que nos guíe a su reino. Así sea. Amén.⁸

De día, mandará el Señor su misericordia,
y de noche su cántico. Salmo 42.⁹
[Su] mano está sobre el mundo.

Sostiene el cielo en su mano derecha y el mundo en su mano
izquierda.

⁸ Melchior escribió las siguientes líneas en latín; las hemos traducido al español.

⁹ Texto: “41”. Melchior sigue la enumeración de la Vulgata.

Así como lo santo me levanta, así lo pesado me oprime.
Siempre leyera las estrellas y las divinas legiones
a no ser que me agitara el amor de los niños.

Verdadera luz. Juan 8.
Ilumina mi oscuridad. Salmo 18.¹⁰
Su gloria. Habacuc 2.¹¹

Melchior Román.

¹⁰ Texto: “29”, lo cual es un error (aunque Sal 30 [Vulg: 29] habla del mismo tema).
En la Vulgata, la referencia es Sal 17:29.

¹¹ Texto: “5”, lo cual es un error.

Texto 2: Carta a su mujer¹²

[Biiir] Carta escrita por Maese Ramón, ministro de la Palabra de Dios, preso en Valencia, a su esposa en Londres.

Catalina Ramón, mi querida y bien amada esposa, y hermana en nuestro Señor Jesucristo, la gran pena y dolor que perturba e inquieta en cierto modo mi contento, gozo y alegría de corazón, que tengo en el Señor Dios, me ha hecho escribirte estos presentes, tanto para tu consuelo como para el mío, digo especialmente para tu consuelo, porque siempre me has amado con el más sincero afecto. Y debido a que, hasta el presente, ha placido al Señor hacer división y separación entre nosotros, uno del otro, separación por la que siento más tu amargura, pena y dolor que los míos.

Te ruego de todo corazón que no te aflijas más de la cuenta, no sea que ofendas a Dios. Sabes muy bien que, cuando te casaste conmigo, tomaste un esposo mortal, que no tenía seguridad de vivir un minuto de una hora, pero, sin embargo, ha placido a nuestro eterno Padre permitirnos vivir juntos por espacio de siete años, enviándonos cinco hijos. Si hubiera sido voluntad del Señor [que] hubiéramos vivido juntos más tiempo, él podría haberlo hecho, pero no le ha placido; hágase, pues, su santa voluntad.

[Biiiv] Debes considerar también que no he caído en manos de mis enemigos por casualidad o por azar, sino que la divina providencia de Dios, que rige y gobierna todas las cosas, tanto las menores como las mayores, como se desprende de las palabras de nuestro Salvador: “Pues aun vuestros cabellos están contados, no temáis. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto y ninguno de ellos cae a tierra sin la providencia de Dios? Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos”. ¿Quién de nosotros es de menor estima que un cabello? Y, sin embargo, examina la divina Escritura de los sabios y leerás

¹² Fuente: *Two Letters: One Written by a Protestant to his brother being a Papist...*, trad. anon. (London: T. Este, 1603), Biiir-Ciiv; trad. Trini Bernal.

que Dios ha registrado el número de los cabellos del hombre. ¿Cómo, pues, puede sucederme cualquier adversidad sin la voluntad y la providencia de Dios? Estoy seguro de que no puede ser, a menos que se diga que Dios no es Dios.

Y por eso el profeta dice: “No hay adversidad en la ciudad que Dios no haya enviado”, y vemos que en esta doctrina se han consolado de sus aflicciones y tribulaciones todos los santos varones que nos han precedido. José, habiendo sido vendido a Egipto por sus hermanos, dijo: “Vosotros habéis hecho mal, pero Dios lo convertirá en vuestro bien. Dios me ha enviado delante de vosotros a Egipto para vuestro bien”.

Así hizo David con Simei, que lo maldijo, lo mismo hizo Job, y también por consiguiente todos los demás, y esta es la razón de que los Evangelistas (tratando tan fielmente los padecimientos y la muerte del Señor Jesucristo) digan que esto se hace para que se cumpla lo que está escrito de él y se diga también con verdad de todos los que son miembros suyos. ^[Bivr] Es muy cierto que la razón humana lucha contra esta doctrina, y se resiste a ella cuanto puede, y yo lo comprobé por experiencia cuando fui apresado. Me dije: “No hemos hecho bien en caminar en grandes grupos juntos, hemos sido traicionados por tal o cual, no deberíamos habernos quedado en ninguna parte”, y con estas cavilaciones me sentí abrumado y turbado en mis pensamientos hasta que levanté mi corazón y mi espíritu en la meditación de la divina providencia de Dios, entonces mi corazón comenzó a sentir un maravilloso descanso y, asimismo, decir a mi Dios: “Me has hecho nacer en el tiempo y la hora que has ordenado para mí, y durante todo el periodo y el tiempo de mi vida mortal, me has guardado y preservado milagrosamente del terror amenazador del peligro, y si ahora ha llegado la hora de partir de esta vida y de alcanzar la cumbre de la felicidad en tu reino, hágase tu voluntad, Salvador mío; mi alma cosecha así el descanso y el contento, porque es mi felicidad conformarme a tu voluntad”.

Todas estas consideraciones vinieron a mi corazón, por lo cual mi espíritu se regocijó, y te ruego, mi querida y

bien amada esposa, que te regocijes conmigo y des gracias a Dios Todopoderoso, por lo que tiene para conmigo, pues no hace sino lo que es justo y conforme a la equidad, y tan especialmente debes regocijarte porque es para mi bien y la quietud de mi alma. Hasta ahora has sido partícipe de algunas de mis tribulaciones, cuando me hiciste compañía en mis aflicciones durante mi tiempo de exilio. ^[Bivv] Y viendo que el Señor me extenderá su mano, para conducirme a su reino, bendito soy de ir antes que tú, y cuando a Dios le plazca, me seguirás. Esta separación no será larga: el Señor te llamará para unirme a nosotros junto a Jesús. Este no es el lugar de nuestra morada, sino el Cielo, aquí en la tierra no está más que el lugar de nuestro peregrinaje. Aspiremos, pues, a nuestra propia patria, que está en el Cielo, y deseemos ser recibidos en la casa de nuestro Padre, sí, nuestro hermano, cabeza y Salvador Jesucristo, para ver la más noble compañía de los patriarcas, profetas, apóstoles y tantos miles de mártires, en cuya compañía espero ser recibido cuando haya llevado a cabo el cumplimiento de la administración que he recibido del Señor Jesucristo.

Te ruego, pues, hermana y amiga mía, que consueles tu alma en la meditación de estas cosas, considera el honor que Dios te ha manifestado al darte un esposo que no solo es ministro del Hijo de Dios, sino que también goza de alta estima ante su Padre, y además de eso, le ha placido concederme participar de la corona del martirio; es un honor tal que no lo manifiesta a sus ángeles. Estoy contento, y mi corazón está feliz. No carezco de nada en mis aflicciones, estoy satisfecho con el depósito de riquezas celestiales. Estoy tan consolado que tengo suficiente para mí y para todos aquellos con que puedo hablar. Alabo al Señor por ello, y le suplico que continúe extendiéndome su bondad y su clemencia paternal a mí, su prisionero, lo cual espero que haga, pues he comprobado por experiencia ^[Cr] que nunca abandonará a los que confían en él; nunca había pensado que Dios sería tan manso y bueno con una criatura tan pobre como yo. Ahora siento la fidelidad

del Señor Jesucristo. Ahora practico aquello que he predicado. Hablé como un ángel pintado con respecto a lo que siento ahora en la práctica. He prosperado y aprendido más desde que estoy prisionero que en toda mi vida. Estoy en una muy buena escuela; el Espíritu Santo está continuamente conmigo y me inspira y enseña a usar las armas en este combate.

Por otro lado, Satanás, el adversario y enemigo de todos los hijos de Dios, me tienta, rodeándome como un león rugiente para destruirme; pero aquel que me dijo: “No temas, yo he vencido al mundo” me hace victorioso. Veo el mayor poder de mi Padre sagrado para hollar a Satanás bajo mis pies, y siento el poder de Dios para fortalecer mi flaqueza y debilidad; y por un lado, el Señor Dios me muestra que soy un pobre, frágil, vaso de barro, con el fin de que me humille, y que toda la gloria de la victoria le sea atribuida a él; por otro lado, me fortalece y me consuela de tal manera que estoy más tranquilo que los enemigos del Evangelio. Como, bebo y descanso mejor que ellos. Estoy alojado en un lugar, una casa fuerte, oscura y tenebrosa, que por su oscuridad la llaman Breunain. Tengo aire y luz, pero a través de un pequeño agujero pestilente, por donde echan toda la inmundicia. Tengo grilletes en mis pies y mis manos que son un infierno continuo que me hieren y penetran ^[Cv] mi carne hasta los huesos. Luego, el preboste del alguacil viene a visitarnos a mí y a mis hermanos dos o tres veces al día. Temiendo que pueda escapar, tiene tres guardias ante la puerta de la prisión, cada una de cuatro hombres.

Monsieur de Harmeyde también viene a visitarme, que sí me consuela y me exhorta a la paciencia, como él dice, pero suele venir después de cenar, cuando el vino se le ha subido a la cabeza y la panza está llena. Bien puedes pensar qué consuelo es para mí, cuando él me amenaza, diciéndome que si muestro la menor señal de escapar, me encadenará por el cuello, el cuerpo y las piernas, de modo que no podré moverme, y muchas otras palabras amenazadoras parecidas. Pero, por todo eso, mi Dios no se olvida de mí, para cumplir su promesa y consolar mi corazón, dándome gran contentamiento, como nos

enseña por boca del profeta David, diciendo: “Estoy contigo en tus tribulaciones”, y en otro lugar: “¿Puede una madre olvidar a su hijo? Y, aunque ella se olvidara, yo nunca te olvidaré”.

Viendo, entonces, que el Señor nunca nos desampara, te ruego, buena hermana y fiel esposa, que te consueles en el Señor en tus aflicciones y te confíes a su protección y gobierno, tanto a ti misma como a todas tus acciones, porque él es esposo de las viudas fieles y padre de los huérfanos. Él nunca te abandonará, y de esto estoy segurísimo. Comportate siempre como una cristiana honesta y una mujer fiel en el temor de Dios como has hecho hasta aquí, y honra, tanto como en ti haya ^[Ciiir] y sea posible por tu buena conversación, la doctrina del Hijo de Dios, que yo, tu esposo, he predicado. Y así como siempre me has amado entrañablemente, así te ruego de corazón que sigas con el mismo amor hacia tus pequeños hijos: instrúyeles en el temor y en el conocimiento de nuestro verdadero Dios y de su Hijo Jesucristo; sé su padre y su madre, y procura que se críen honradamente con lo poco que Dios te ha dado. Si Dios quiere concederte la gracia de vivir en viudedad con tus hijitos después de mi muerte, harás muy bien. Si no puedes, y te faltan los medios, procura emparejarte con un hombre fiel y honesto, temeroso de Dios y de quien hayas oído hablar bien, y cuando yo disponga de mejores medios, escribiré a nuestros amigos para que tengan especial cuidado de ti, pues espero que no te abandonarán. Puedes, si te place, volver a tu antiguo oficio, después que el Señor me llame, y para tu mejor consuelo, tendrás a nuestra hija Sara para que haga compañía y te asista en tus aflicciones y te consuele en tus tribulaciones, y mi esperanza que Dios estará siempre contigo.

Saluda en mi nombre a todos nuestros buenos amigos, y deseo que oren por mí, para que el Señor me dé fortaleza y sabiduría para abrir mi boca y mantener la verdad del Hijo de Dios hasta el final y el último suspiro de mi vida. Adiós, Catalina, mi más querida amiga. Pido a Dios que te consuele mientras yo esté en este mundo. Querida, guarda esta carta para recordarme. No está bien escrita, sino como puedo, y

no como quisiera; te ruego ^[Ciiiv] que me alabes ante tu madre, deséale que tenga buen ánimo. Espero escribirle alguna carta de consuelo, cuando Dios quiera. Saluda también a mi buena hermana; que tome sus aflicciones con paciencia, y que te vaya bien. De la cárcel de Valencia, 12 de abril.